

“Habrá más alegría en el cielo por un pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse.” (Lucas 15, 3-7)

Celebramos la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús. Una fiesta litúrgica con ecos institucionales de gran calado. El Sagrado Corazón de Jesús representa el amor encarnado de Dios por toda la humanidad y, en particular, por los menos favorecidos.

De ahí que el texto del evangelio nos remita a la imagen de aquel buen pastor que, dejándolo todo, fue en busca de la oveja perdida. Encontrándola se llenó de una alegría desbordante que compartió con sus amigos y vecinos: *“Felicítadme, he encontrado la oveja que se me había perdido.”*

De alguna manera lo mismo hicieron San Benito Menni y nuestras Fundadoras. Ellos dejaron a buen recaudo a las personas que estaban en su sano juicio para ir en busca de aquellas que la enfermedad mental y la sociedad daban por perdidas. ¡Y vaya si encontraron “ovejas perdidas”!

A la luz de la ternura, la compasión, la capacidad de empatía con el mundo del dolor psíquico, nació la Hospitalidad. Por ello el Sagrado Corazón de Jesús es el gran referente a la hora de comprender y vivir el carisma y la misión.

Desde la Hospitalidad estamos llamados a encarnarnos “cordialmente” en las realidades más diversas que rodean a las personas con demencias, con enfermedad mental, con deficiencias, con las más variadas dolencias.

La prueba de que nuestro compromiso nace del corazón será la alegría y la ilusión que pongamos en el día a día. La misma alegría e ilusión de aquel buen pastor que rebosaba de felicidad por haber encontrado a su oveja perdida.

Quizá sea éste un día propicio para evaluar si la Hospitalidad vivida por nosotros, hoy, se nutre de las mismas fuentes que dieron impulso a nuestros Fundadores. Quizá nos sorprenda el descubrirnos demasiado serios, demasiado tecnificados, demasiado presionados por ser los mejores en todo, demasiados preocupados por una excelencia profesional, por cierto necesaria, pero que no sirve de nada si no se nutre del amor, de la ilusión que nos da la gracia de amar a las personas que nos han sido confiadas.

¿No hay acaso demasiadas caras largas entre nosotros? Algún problema debe haber... Porque quienes se sienten en lo suyo, viviendo un proyecto que les llena el alma, no pueden estar tristes. Podemos de vez en cuando demostrar nuestros enfados y hasta nuestras desilusiones. Somos seres humanos. Es normal. Lo que no es comprensible es que la tónica de nuestra vida esté marcada por la dureza en las formas, la seriedad convertida en caras de enojo que se multiplican aquí y allá.

“Sólo el amor convierte en milagro el barro”, canta el poeta. Sólo el amor hace posible la sonrisa en el dolor...

Danilo Luis Farneda Calgaro

pastoral Atención Espiritual y Religiosa- COORDINACIÓN PROVINCIAL

